

Todos los días viene a verme gente. Siempre gente diferente. No suelo ver a la misma persona dos veces, y eso me entristece un poco.

No logro hacer amigos. No hay nadie que venga a verme dos días seguidos. No consigo hacer que nadie vuelva. Todos creen que me conocen lo suficiente, habiendo pasado una sola tarde conmigo.

Creen que ven todo sobre mí. Creen que me conocen, cuando solo han visto la superficie de mis cuadros. No se han acercado lo suficiente como para ver sus grietas escondidas entre capas de pintura.

Creen que conocen todas mis salas, pero se olvidan de algunas de ellas. Dicen que me han visto entero, pero no entran en esas estancias que no les gustan.

Y yo, ¡me siento tan expuesto enseñando todos mis cuadros y esculturas! Todos me ven, todos se forman una opinión. Algunos, tienen una primera impresión errónea que no se interesarán en cambiar. Otros, desde su ignorancia, dicen que alguno de mis cuadros es aburrido; sin haber hecho el esfuerzo por comprenderlo.

Solo unos pocos se pasarán horas observándome, aprendiendo de mí. Y solo unos pocos decidirán volver.

Pero sé que, en el fondo, es también culpa mía. Dejo entrar en mi interior a todo aquel que quiera; y me observan de forma superficial. Pero, si veo que alguien se acerca demasiado, tiendo a echarlo. Suelo enfadarme con él por alguna tontería, o me muestro esquivo y distante. Pongo mil excusas.

Pero también les ruego que entren a mis salas más desconocidas y oscuras; pero no hago esfuerzos por encenderles la luz para iluminarles el camino. Y lloro porque no encuentran mis habitaciones más desconocidas, pero no hago nada para que dejen de serlo.

La luna suele decirme que, en realidad, no quiero que nadie me conozca. Porque si lo hago, si dejo que conozcan mis entrañas, todos mis cuadros con sus grietas y arañazos, y con sus manchas de pintura; todas mis esculturas rotas y mis paredes más finas... Si dejo que vean todo lo que hay en mi interior y no les gusta..., ¿qué haría?

Pero es solo la luna, ¡qué sabrá ella!

Aún así, hay gente que lo logra, incansables eruditos que leen la historia de cada uno de los cuadros, uno tras otro; y que conocen a todos sus autores. Me recorren entero, admirando las partes bellas y no dejándose asustar por las oscuras.

Pero creo que es incluso peor. Porque así, habiendo visto todo de mí, conociéndome mejor que nadie; aún así, deciden irse.

Y hay días, esos días oscuros y melancólicos, en los que me siento triste. Días grises y lluviosos en los que nadie viene a visitarme. Mis pasillos se quedan vacíos, mis habitaciones a oscuras y mis salas desiertas. En esos días de soledad, no puedo evitar pensar que nadie me ve en realidad. Todo el que me visita viene a admirar mis obras de arte, pero ¿quién me mira a mí?

Debería sentirme agradecido, suelo tener muchas visitas. Las personas hablan de mí como de algo preciado, lleno de cosas hermosas. Un sitio lleno de cultura y arte. Pero, hay veces que me entristece pensar que, en realidad, la gente viene a ver mis obras de arte, pero no a mí. Se interesan por mis cuadros preciosos y olvidan mis paredes desnudas. Se interesan por todo lo que puedo darles, todo lo que puedo enseñarles y ofrecerles; y nunca por qué es lo que quiero yo en realidad.

No creo que nadie me vea a mí de verdad, solo ven lo que tengo que ofrecerles. No creo que nadie piense en un simple museo. Porque, sin los cuadros, ¿qué sería yo? ¿Seguiría siendo hermoso? Puede que sí. Pero la gente, ¿seguiría viniendo a visitarme? Puede que no.

Entonces, no creo que fuese hermoso. Me sentiría tan indefenso sin mis obras de arte... Me lamento de que solo me visiten por mis cuadros y esculturas, pero ¿qué haría yo sin ellos? Los necesito. ¿Quién me querría sin ellos?

Solo los pájaros que se posan en mi tejado me hacen compañía. Y la luna, como una fiel servidora, iluminando mis noches sin abandono. Pero, ¿qué más tengo? Puede que esto sea todo lo que necesito. Porque las obras van cambiando, los estilos evolucionan, pero yo soy el mismo. Veo a la gente envejecer y a muchos otros, jóvenes, empezar a venir. Pero los únicos que siempre somos los mismos, somos la luna y yo. Conversamos por la noche, cuando viene a visitarme; cuando no queda nadie entre mis pasillos y todo está silencioso.

Ella suele reírse de mis chistes. Yo me enamoro de las historias que cuenta. Nos hacemos compañía. Mientras eso no cambie, estaré bien.